



Observatorio Local

IDEAS GLOBALES PARA EL GOBIERNO LOCAL

EJEMPLAR PROMOCIONAL



Observatorio Local. Ideas Globales para el Gobierno Local es una publicación especialmente dirigida al mundo local de Observatorio de las Ideas S.L.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Elena Costas, doctora en Economía y fundadora de KSNET.

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN:

Josep Antoni Báguena

Jordi Baltà

Lluís Camprubí

Joan Frigols

Eduard Güell

Benjamín Augusto López

Lluís Medir

Luis Martín

Pol Morillas

Andreu Orte

Esther Pano

Bárbara Pons

Carles Rivera

Jordi Rosell

Paula Salinas

Elisa Stinus Bru de Sala

Mariona Tomàs

Francesc Trillas

Joan-Josep Vallbé

Ferran Vallespinós

EDITA

Observatorio de las Ideas S.L.

CONSEJERO DELEGADO

Daniel Fernández

CIF B65855868

Diputación 262 2ª 08007
Barcelona Tel. 93 494 97 20

www.observatoriodli.com

ISSN: 2339-9562

D. Legal B.10113-2014



Observatorio Local

IDEAS GLOBALES PARA EL GOBIERNO LOCAL

| IDEAS DE INTERÉS |

HACIA UNA ECONOMÍA VERDE

Reseña de **Elena Costas** sobre «Economic Complexity and The Green Economy».

DISPERSIÓN EN LAS CIUDADES EN LA POST-PANDEMIA

Reseña de **José Balsa** sobre «The coming Age of dispersion», «How COVID-19 is Reshaping our Cities» y «The Pandemic Will Accelerate the Evolution of Our Cities».

EL IMPACTO TEMPRANO DE LA COVID-19 EN EL COMERCIO LOCAL: CAMBIOS EN EL CONSUMO PRESENCIAL Y *ON-LINE*

Reseña de **María Sánchez Vidal** sobre «The Early Impact of COVID-19 on Local Commerce: Changes in Spend Across Neighborhoods and On-Line».

LA COVID-19 Y EL DESEMPLEO: ¿QUIÉNES SON LOS MÁS AFECTADOS Y CUÁNTAS SUS PÉRDIDAS?

Reseña de **Stephan Maurer** sobre «The Consequences of the COVID-19 Job Losses: Who Will Suffer Most and by How Much?».

| LIBROS |

CONSTRUIR Y HABITAR

Construir y habitar. Ética para la ciudad, de **Richard Sennet**.



Estimados lectores,

Uno de los grandes retos de nuestro mundo es conciliar la vida moderna, el Estado del bienestar y tecnológico tal como lo conocemos, con el medio ambiente. Por ello se multiplican las políticas, locales y mundiales, sobre el tema, y por tanto también las propuestas y estudios al respecto. Así, en la Universidad de Oxford han publicado un estudio donde se analiza el potencial de distintos países para explotar de la mejor manera la economía verde. Afortunadamente, España destaca como uno de los países con una mayor capacidad de explotación del beneficio de este tipo de industria, así como de las ocupaciones que genera.

Respecto a la pandemia que aún nos cerca, supone grandes retos y constantes cambios en nuestra sociedad. Y debemos aprender y tomar medidas con la mayor rapidez. Por eso, los tres *papers* siguientes se centran en ella: el primero de ellos, escrito por grandes pensadores estadounidenses actuales, conocidos por una gran mayoría de lectores, se centra en la teoría de que la gran ciudad densificada de habitantes parece haber quedado defenestrada, pues el impacto de la pandemia acelera tendencias con respecto a los hábitats y afianza las posibilidades de que se pueda revivir el modelo suburbano estadounidense de los años 1960, gracias al teletrabajo. En el segundo, encontramos un estudio sobre la incidencia de la pandemia en el comercio local, en los barrios, en función de los diferentes niveles de ingresos, así como los cambios que se han producido entre compras *on-line* y presenciales. Y el tercero se centra en un problema que nos preocupa a todos: el desempleo. A partir de los datos de Austria, se demuestra que las pérdidas de empleo debidas a la COVID-19 difieren de las habidas en recesiones anteriores.

Por último, unas breves palabras sobre el libro del mes: *Construir y habitar*. Porque, como nos cuenta el autor, hay distintos tipos de ciudad, y para crear la más sostenible, amable y habitable debemos tener en cuenta una «ética para la ciudad»; o, en otras palabras, una ética para un urbanismo centrado en los intereses y necesidades de las personas que habitan dichas ciudades.

Espero que estas ideas despierten su interés, le descubran algún aspecto nuevo de las reflexiones en curso y abran esperanzas.

Con nuestros mejores saludos, cuídense. Las vacunas ya están aquí.

El editor

HACIA UNA ECONOMÍA VERDE

- **Publicación:** «Economic Complexity and The Green Economy», *Research Policy*, n.º 103948, 2020. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S004873320300287>
- **Autores:** Penny Mealya, investigadora postdoctoral, y Alexander Teytelboym, profesor asociado de Economía. Ambos están en el Institute for New Economic Thinking, en la Oxford Martin School, de la de la Universidad de Oxford.
- **Síntesis:** Elena Costas, doctora en Economía, socia en KSNET, profesora en ESADE y editora de Politikon.

SÍNTESIS DE LA IDEA

Desde la Universidad de Oxford se analiza el potencial de distintos países para explotar de la mejor manera la economía verde, aquella vinculada a sectores respetuosos con el medio ambiente. España destaca como uno de los países con una mayor capacidad de explotación del beneficio de este tipo de industria, así como de las ocupaciones que genera. Esto es especialmente relevante en el marco de los Fondos Europeos, que tienen como una de sus prioridades la transición ecológica y la economía verde.

El crecimiento verde se conoce como una perspectiva alternativa a buscar el crecimiento y la prosperidad económica, reconociendo las limitaciones ambientales. Según el Banco Mundial se trata de un crecimiento eficiente en el uso de los recursos naturales; limpio, porque minimiza la contaminación y los impactos ambientales, y resiliente, ya que tiene en cuenta los riesgos naturales y el papel de la gestión ambiental y el capital natural en la prevención de desastres físicos.

Desde la Universidad de Oxford, los investigadores Mealya y Teytelboym han desarrollado una nueva metodología para medir la capacidad productiva de la economía verde en distintos países. Se trata de una extensa base de datos sobre «productos verdes» comercializables, y la capacidad que cada país tiene para producirlos y exportarlos de forma competitiva. Esto sitúa a algunos territorios en una mejor posición para desarrollar, por ejemplo, patentes ambientales y sacar su máximo provecho a los empleos vinculados a la economía verde, o empleos verdes.

Para obtener esta base de datos se tienen en cuenta las definiciones de bienes ambientales y ecológicos de la OMC, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), considerando todos aquellos productos comercializados entre 1995 y 2014. A partir de aquí, se basan en la literatura de complejidad económica –donde se tiene en cuenta tanto las capacidades productivas como la estructura industrial de cada país, a partir del análisis de sus balanzas de exportación– para diseñar una nueva medida de la capacidad de producción verde de los países.

Con estos datos, los autores calculan dos indicadores: el «índice de complejidad verde» (GCI, por sus siglas en inglés) y el «potencial de complejidad verde» (GCP, por sus siglas en inglés). El GCI indica la capacidad que tiene cada país de exportar de forma competitiva productos verdes, tecnológicamente sofisticados, por lo que pueden ser líderes en economía verde. Por su lado, el GCP mide la capacidad de cada país de convertir su producción verde en competitiva, cuando aún no lo es. Por lo tanto, nos muestra cuáles son aquellos países con una mayor capacidad de mejora en el futuro en lo que a producción verde se refiere. La investigación demuestra a su vez como aquellos países con un mayor potencial han ido aumentando posiciones a lo largo del tiempo en la escala del Índice de Complejidad Verde. Esto a su vez vuelve a aumentar el potencial de desarrollo de nuevos productos

verdes que aún no son competitivos, pero podrían serlo. Se trata de un círculo virtuoso en el que las políticas públicas son claves para desarrollar todo el potencial del país.

Mealya y Teytelboym analizan también las claves para reorientar las estructuras industriales existentes y hacerlas así más competitivas en un mundo respetuoso con el medio ambiente. Son muchos los países que han puesto en marcha un cambio de modelo productivo buscando una mayor sostenibilidad en la creación de una ocupación más estable, de más calidad y que garantice los derechos de los trabajadores. Estas políticas son un elemento clave del desarrollo sostenible y una respuesta al reto global de la protección ambiental y la inclusión social. La colaboración entre las diferentes administraciones públicas, a todos los niveles de gobierno, los trabajadores y las empresas es clave para conseguir este cambio. El resultado es la creación de oportunidades laborales decentes, aumentando la eficiencia en el uso de los recursos y construyendo sociedades sostenibles con bajas emisiones de carbono.

El estudio destaca a España como el tercer país –tras Italia y China– con mayor potencial para explotar su economía verde. Incluso teniendo en cuenta la producción actual de bienes competitivos para exportación, nos encontramos en el puesto 12 de una lista de 122 países.

Hoy por hoy en España supone 530 947 puestos de trabajo. Son ocupaciones relacionadas con las energías renovables, el tratamiento y la gestión de las aguas residuales, la gestión de los residuos sólidos, de zonas forestales, la agricultura ecológica o la movilidad eléctrica. Por lo tanto, la ocupación verde representa poco más del 2,5 % del total, concentrándose gran parte de estos puestos de trabajo –el 26 %– en la gestión y el tratamiento de residuos, seguido por el sector de las energías renovables –el 20 %– y el tratamiento y depuración de las aguas residuales, con un 11 %. Hasta 2030 se pueden generar en España al menos medio millón de trabajos verdes relacionados con sectores más tradicionales como las energías renovables, u otros como el transporte, la edificación o la agroalimentación. Con el uso de los fondos europeos de recuperación, estas ocupaciones podrían llegar hasta el millón de puestos de trabajo.

La crisis de la COVID-19, y en especial los futuros fondos del Next Generation EU, representan una oportunidad de cara al diseño de una economía que potencie la ocupación verde, permitiéndonos salir de la crisis de una manera más sostenible a nivel económico y ambiental, pero también social. Hace falta, por lo tanto, que en las medidas de recuperación la transición energética cobre un papel principal. España podría tener acceso a 140 000 millones de euros, una cantidad que triplica la del último periodo y que tiene que formar el Plan Nacional de Recuperación y Resiliencia. Este plan, donde los ayuntamientos tienen mucho que decir –y gastar– debe seguir las dos líneas transversales marcadas por Europa: la transformación digital y la transición verde, como clave para reducir desequilibrios y generar ocupación de calidad en el largo plazo.

Según el estudio de la Universidad de Oxford, para aprovechar este nicho hay que impulsar la economía verde en todos los sectores productivos, no sólo en los tradicionales. Las administraciones públicas tienen por tanto que diseñar estrategias industriales y paquetes de estímulo ecológico que busquen generar puestos de trabajo de calidad en todos los sectores. Esto incluye también a las tecnologías de la información y la comunicación aplicadas al medio ambiente y la sostenibilidad, la rehabilitación, la edificación y el turismo sostenible, o el transporte y los automóviles de bajas emisiones. Hay que tener en cuenta que un cambio de modelo hará que muchas ocupaciones queden obsoletas, lo que requerirá por parte de las administraciones –y en especial las locales y autonómicas– la creación de programas y políticas activas de ocupación, así como sistemas de protección social. La transición energética debe tener, por lo tanto, criterios de transición justa, reduciendo la desigualdad entre trabajadores y territorios.

DISPERSIÓN EN LAS CIUDADES EN LA POST-PANDEMIA

■ **Publicaciones:** «The coming Age of Dispersion», *Quillette*, 25 de marzo de 2020. Descargable en el siguiente enlace:

<https://quillette.com/2020/03/25/the-coming-age-of-dispersion> <https://bit.ly/30hbAwS>

«How COVID-19 is Reshaping our Cities», *WBCSD Insights*, 16 de junio de 2020. Descargable en el siguiente enlace:

<https://www.wbcds.org/Overview/News-Insights/WBCSD-insights/How-COVID-19-is-reshaping-our-cities> <https://bit.ly/3mZ4wOY>.

«The Pandemic Will Accelerate the Evolution of Our Cities», *The Guardian*, 24 de septiembre de 2020. Descargable en el siguiente enlace:

<https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/sep/24/pandemic-accelerate-evolution-cities-covid-19-norman-foster> <https://bit.ly/3iazvUM>

■ **Joel Kotkin**, experto en urbanismo de la Chapman University en California (Estados Unidos), es el autor del primer artículo. **Cristiana Ciaraldi**, experta en sostenibilidad y temas ambientales, del World Business Council for Sustainable Development (WBCSD), radicado en Ginebra (Suiza), lo es del segundo. Y el arquitecto **Norman Foster**, del tercero.

SÍNTESIS DE LA IDEA

Resumen: El impacto de la pandemia acelera tendencias en marcha respecto a los hábitats. Hay muchas posibilidades de que pueda revivir el modelo suburbano estadounidense de los años 1960, gracias al teletrabajo. La ciudad densa parece haber quedado defenestrada.

El impacto de la pandemia plantea dudas existenciales acerca del mañana. Pero, como el futuro no es una ciencia exacta, las opiniones de expertos varían mucho debido al sesgo ideológico de cada uno y al momento en que dan su opinión, máxime en una situación tan volátil como la actual. Una de las grandes preguntas es dónde y cómo viviremos cuando todo esto acabe. La respuesta va más allá de nuestras preferencias individuales: depende de una serie de condicionantes sociales, económicos, geográficos, etc., junto a otros factores como el acceso a infraestructuras educativas y sanitarias.

Los datos muestran una tendencia clara. En 1900 sólo el 15 % de la población mundial vivía en ciudades. Hoy en día este porcentaje es del 55,7 %. Lo que, visto de otra forma, viene a decir que la mitad de la población mundial vive en el 1 % de su superficie. Esto se explica fundamentalmente por el modelo económico imperante, de acuerdo con el cual la riqueza tiende a concentrarse cada vez más. Las ciudades interconectan oferta y demanda laboral de una forma muy eficiente gracias a la proximidad entre actores. Así se reducen costes de transporte y se crean mercados más dinámicos y flexibles. Además, su diversidad las convierte en espacios de innovación.

Las previsiones apuntan a que dos tercios de la humanidad vivirá en ciudades en 2050. Esto al menos indicaban antes de la pandemia. Los tres artículos citados analizan cómo ésta afectará a nuestra geografía urbana. Aunque discrepen en partes, todos coinciden en algo: la pandemia no cambiará nada, sino que actuará de acelerador de tendencias ya existentes.

Kotkin anticipa el fin de las megaciudades enumerando varias razones, como el trabajo remoto y el comercio *on-line*. También alude a un conjunto de factores negativos englobados dentro de las llamadas «deseconomías urbanas», tales como el encarecimiento de la vivienda, la mala accesibilidad física, la contaminación, la conflictividad social o la gentrificación.

En situaciones de pandemias, la historia muestra cómo las grandes ciudades siempre fueron focos primarios de infección. Atenas, Alejandría, Roma o El Cairo fueron devastadas por las plagas. Las ciudades comerciales del final del Medievo y del Renacimiento sufrieron importantes brotes de peste. Siglos más tarde, la Revolución Industrial trajo nuevas enfermedades debidas a la pestilencia y la falta de higiene.

Pero estos problemas siguen existiendo en ciudades de países en desarrollo con graves problemas de pseudo-urbanización, producto de un crecimiento demasiado acelerado, donde mucha de su población vive en condiciones paupérrimas sin acceso a medidas básicas de higiene. En Wuhan, la esperanza de vida antes de la pandemia era menor que en muchas áreas rurales del país. De mercados insalubres y áreas pobres han surgido varios virus recientes como el MERS, el SARS o la fiebre porcina. Pero no sólo allí, sino que esto también afecta a las ciudades ricas. El coronavirus convirtió a las grandes ciudades multiculturales y cosmopolitas (como Wuhan, Milán, Madrid o Nueva York) en focos primarios de infección. Además, el aumento de desigualdades en ciertas ciudades del primer mundo está incrementando el número de mendigos y de asentamientos informales e insalubres, donde ya se han producido brotes puntuales de enfermedades tan infecciosas como el tifus.

Consciente de estos problemas, China ha limitado la migración a Pekín y Shanghái, y en EE UU y Europa se observa un patrón semejante. El mayor crecimiento se da en la periferia de grandes ciudades y en ciudades medias gracias a la digitalización y las nuevas tecnologías. Muchas empresas han empezado a huir de las grandes megaciudades. En EE UU, el peso económico de sus cinco mayores ciudades ha caído en los últimos 25 años. Esta dispersión ya era evidente en Silicon Valley, donde grandes empresas tecnológicas han ido trasladándose a poblaciones menores como Austin, Salt Lake City, Dallas-Fort Worth o Phoenix. Lo mismo sucede en Europa, donde ciudades como Bratislava, Praga o Budapest han empezado a concentrar muchas empresas tecnológicas.

Además, el teletrabajo ha venido para quedarse. El 10 % de europeos y el 30 % de australianos ya teletrabajaban antes de la pandemia. Este porcentaje se incrementará en los próximos años y, en consecuencia, se esperan grandes cambios derivados de una importante reducción de movilidad laboral y un cambio en el modelo de vivienda. Muchos teletrabajadores ampliarán sus viviendas y buscarán más zonas de esparcimiento, lo que incrementará la demanda de vivienda en áreas suburbanas. Pero, además, muchos de ellos podrán trabajar en lugares remotos durante largos períodos, lo que favorecerá una mayor dispersión.

Para Foster, esto no significará el fin de las ciudades, pero éstas deberán adaptarse a los avances existentes. Los grandes cambios vendrán dados por las transformaciones en la movilidad, tanto desde la parte tecnológica (auge de vehículos eléctricos e introducción de vehículos autónomos) como del régimen de propiedad/uso (expansión del uso compartido y servicios bajo demanda). Y en un horizonte no muy lejano, los coches/drones voladores.

El debate sobre el espacio urbano también va a cambiar. Se reducirá la densidad de trabajadores por oficinas, lo que las desplazará fuera del centro para reducir costes y/o encontrar espacios más sanos y amplios. Además, su uso puede transformarse, especialmente si hay más teletrabajo, pasando a convertirse en espacios de reuniones. Por tanto, no está nada claro si será necesario más espacio de oficinas o no.

Como se esperan ciudades con menos coches, habrá más espacio urbano para la movilidad alternativa, el bienestar (parques) y la vida social (terrazas). Esto modificará el entramado y la vita-

lidad urbana. Se aplicarán mejoras en un intento porque las ciudades sean más verdes y atractivas. Pero no sólo para los vecinos, sino también para los turistas, en un mundo con más flexibilidad laboral y tiempo para viajar. Y, con ello, más masificación y gentrificación en los barrios céntricos y centros históricos.

Eventos catastróficos de gran magnitud pueden llevar a una gran redistribución de la población en el territorio. Si la dispersión crece, las ciudades serán más planas y menos densas. Por eso, hay muchas posibilidades de que esta pandemia pueda revivir el modelo suburbano estadounidense de los años 1960. Por su parte, la ciudad densa parece haber quedado defenestrada, no sólo por incrementar el riesgo de contagio de la COVID, sino también por favorecer ciertas enfermedades respiratorias que pueden aumentar su letalidad. Aunque esto no sea sólo un problema urbanístico, sino que más bien pueda deberse a unas condiciones habitacionales deficientes que se han extendido en muchas ciudades.

Parece claro que las ciudades van a tener que remodelarse, lo que augura una vuelta del sector de la construcción. Se hace más necesaria que nunca una visión holística de un modelo de ciudad cada vez más autosostenible, que permita entender sus dinámicas en todos los niveles y escalas: acción global para los grandes desafíos ambientales y acción local en su fisionomía, la cual debe adaptarse a cada contexto. Por supuesto, los cambios planteados por la pandemia pueden ser una gran oportunidad de futuro, pero habrá que ver cómo se van a producir en un escenario de crisis económica e incremento de desigualdades sociales, donde estas ciudades «tan sostenibles y bellas» se enfrentarán a sectores de población sin acceso a una vivienda digna e irremediamente hacinados. Por último, un punto para la reflexión: seguramente la «desglobalización» traiga de vuelta muchas actividades industriales contaminantes que tendrán que relocalizarse en el país, pero ¿están dispuestas las ciudades actuales a flexibilizar sus regulaciones medioambientales o laborales para atraer a estas empresas?

EL IMPACTO TEMPRANO DE LA COVID-19 EN EL COMERCIO LOCAL: CAMBIOS EN EL CONSUMO PRESENCIAL Y *ON-LINE*

- **Publicación:** «The Early Impact of COVID-19 on Local Commerce: Changes in Spend Across Neighborhoods and On-line», mayo de 2020. Disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3647298
- **Autores:** **Diana Farrell** es presidenta fundadora y CEO del J. P. Morgan Chase Institute; **Lindsay E. Relihan** es profesora lectora en la London School of Economics & Centre for Economic Performance; **Marvin M. Ward Jr.** es jefe de investigación del grupo de comercio local en J. P. Morgan Chase Institute, y **Chris W. Wheat**, profesor lector en ese mismo instituto.
- **Síntesis:** **María Sánchez Vidal**, doctora en Economía, socia en KSNET y asociada al CEP (LSE) y al Instituto de Economía de Barcelona.

SÍNTESIS DE LA IDEA

Con datos de Estados Unidos, este estudio analiza el impacto inicial de la pandemia en el comercio local. Estudian los efectos en el barrio en función de su nivel de ingresos, así como los cambios vistos entre compras on-line y presenciales. Este tipo de trabajos son fundamentales para el diseño de planes locales de comercio en el marco de la pandemia.

En enero de 2020 se diagnosticó el primer caso de coronavirus en Estados Unidos, concretamente en el Estado de Washington. En mayo de ese mismo año, sólo cuatro meses después, los casos habían crecido hasta llegar a más de un millón y medio de personas infectadas. Las consecuencias económicas que esta crisis sanitaria conllevará a largo plazo son todavía inciertas. Sin embargo, durante la primera mitad del año 2020 hemos visto cómo muchos comercios debían cerrar sus puertas a causa de los confinamientos decretados por los gobiernos de distintos países, tanto europeos –entre ellos España– como del resto del mundo, incluido Estados Unidos.

En este contexto, los autores de este *paper* utilizan datos de 450 millones de transacciones mensuales de tarjetas de crédito procedentes de 11 millones de clientes anónimos de J. P. Morgan Chase en 16 ciudades de Estados Unidos entre los meses de octubre del 2019 y marzo del 2020, a fin de estudiar los cambios que la pandemia ha provocado, al menos en el corto plazo, en los patrones de consumo local frente al consumo *on-line*. Este estudio es importante porque, aunque el alcance de la pandemia es global, sus impactos económicos son mayores principalmente en el ámbito local.

El análisis es muy exhaustivo, ya que no se centran en estudiar un tipo concreto de bienes o servicios, sino que incluyen un amplio listado en el que podemos encontrar tanto ropa, alimentación, gasolina, productos del hogar o bienes relacionados con el ocio, productos farmacéuticos, restaurantes, transporte o higiene personal, entre otros. Además, la base de datos es muy detallada y permite identificar el establecimiento de compra, así como calcular la distancia entre el domicilio particular y dicho establecimiento.

La primera de las conclusiones con el análisis de los datos es que el consumo local en establecimientos descendió en un 12,8 % en marzo de 2020 respecto al año anterior, incluso en aquellas ciudades donde todavía no se habían aplicado confinamientos o a las que la pandemia no había

llegado con tanta claridad. Esto muestra el papel fundamental que juegan las expectativas en el ajuste del consumo de los ciudadanos, que, ya previendo que la COVID-19 les iba a influir de una manera u otra, redujeron el consumo.

Sin embargo, los autores destacan la importancia de ir más allá de las cifras agregadas para entender dónde hay que dirigir las ayudas económicas al comercio, puesto que en muchos casos los recursos monetarios son escasos. En esta línea, estudian las diferencias en la caída del consumo entre barrios de diferentes niveles de renta, señalando que los barrios de rentas más bajas son los que sufrieron mayores contracciones en el consumo (de más del 15 %). Estos patrones pueden explicarse, entre otras razones, porque son los habitantes de estos barrios los que tienen mayores posibilidades de haber perdido el trabajo por culpa de la pandemia.

Respecto al comercio *on-line*, los autores señalan un patrón bastante distinto al del comercio local. De hecho, los resultados muestran que la pandemia ha acelerado el uso de los medios telemáticos, ampliándolo incluso a sectores de la población que no los estaban utilizando previamente. Así, el comercio *on-line* ha crecido en casi 5 puntos porcentuales entre los meses de febrero y marzo. Este patrón, además, es muy similar en todos los barrios, independientemente de su nivel de renta, aunque no son los mismos productos los que se ven afectados en los barrios más pobres respecto de los más ricos.

Por último, los autores analizan qué bienes y servicios han sido los más afectados (positiva o negativamente) por la pandemia. Así, el transporte, la ropa, las peluquerías, los restaurantes o la cultura sufrieron caídas importantísimas de consumo, frente a la alimentación o los productos farmacéuticos, cuyo consumo aumentó en todas las ciudades analizadas. De hecho, teniendo en cuenta que algunas de las ciudades se encontraban en situación de confinamiento domiciliario, es de esperar que los que más aumentasen fueran los mencionados anteriormente, ya que se consideran bienes de primera necesidad, y que su compra se realizara principalmente *on-line*, algo que también muestra el análisis.

Otro patrón interesante respecto a la alimentación (compra de comida o consumo proveniente de restaurantes) es que el acceso seguro a las tiendas de alimentación fue peor en los barrios de rentas más bajas, ya que la mayoría de ellas se encuentran a distancias superiores de sus domicilios que en los barrios de rentas más altas, por lo que quedaban más expuestos al riesgo de contagio. Además, en estos barrios, la compra *on-line* de alimentos tampoco creció como en sus homónimos más ricos, en muchos casos por restricciones logísticas de las plataformas de comercio por internet. En el caso de los restaurantes, uno de los sectores más afectados por la pandemia, el cambio a consumo *on-line* ha sido aun más inferior que en el de la alimentación, seguramente porque las restricciones logísticas son todavía mayores.

Aunque este estudio se realizó en el primer trimestre del año 2020 para Estados Unidos, los resultados pueden ser representativos de muchas otras ciudades de diversos países, entre ellos España. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, en el primer semestre del año el consumo nacional de los hogares cayó en más de un 20 %, y cabe esperar también que los barrios más pobres, aquellos más afectados por medidas como los ERTES, el paro o el trabajo precario, sean los que vean sus patrones de consumo más alterados.

LA COVID-19 Y EL DESEMPLEO: ¿QUIÉNES SON LOS MÁS AFECTADOS Y CUÁNTAS SUS PÉRDIDAS?

- **Publicación:** «The Consequences of the COVID-19 Job Losses: Who Will Suffer Most and by How Much?», documento n.º crctr 224_2020_212 de la Universidad de Bonn y la Universidad de Mannheim, Alemania, 2020. Disponible en: <https://www.crctr224.de/en/research-output/discussion-papers/archive/2020/DP212>
- **Autores:** **Andreas Gulyas** y **Krzysztof Pytka**, ambos profesores lectores de la Universidad de Mannheim.
- **Síntesis:** **Stephan Maurer**, profesor lector en Economía en la Universidad de Konstanz.

SÍNTESIS DE LA IDEA

Este estudio analiza las características de las personas que se quedaron sin trabajo en Austria durante la pandemia de la COVID-19. Los autores encuentran que estas pérdidas de empleo difieren de las recesiones anteriores: los que se quedaron sin trabajo a principios de 2020 tenían más probabilidades de ganar menos ya antes de la pandemia, trabajaban en empresas más pequeñas, eran más jóvenes y con salarios más bajos. Los autores también utilizan las características de los trabajadores para predecir las pérdidas de ingresos esperadas de los trabajadores despedidos, y concluyen que éstas varían mucho. Por último, señalan que las políticas para aliviar estos daños pueden ser más eficaces si se dirigen a aquellos trabajadores que, en paro, se prevé que tengan mayores pérdidas de ingresos en el futuro.

La pandemia de la COVID-19, aún en curso, ha registrado grandes pérdidas de empleo en toda Europa. En España, la tasa de paro ascendió al 14,4 % en abril de 2020, y la de Austria ese mismo mes estaba en el 12,7 %. Es obvio que la gente que está perdiendo su empleo afronta claras dificultades. Uno de los aspectos negativos más importantes del desempleo es una caída permanente y potencialmente duradera de los ingresos futuros: los trabajadores despedidos pueden tener que sufrir un período de paro, y algunos de ellos quizá luego encontrar trabajos peores que los anteriores.

Con todo esto, Andreas Gulyas y Krzysztof Pytka se plantean las siguientes preguntas a partir de los datos recabados en Austria: ¿cuán importantes son las pérdidas de ingresos para las personas que fueron despedidas durante la pandemia de la COVID-19?, ¿qué tipo de trabajadores perdieron su empleo?, y ¿esto tiene implicaciones sobre cómo deberíamos diseñar la ayuda del Gobierno?

Los autores se basan en un gran conjunto de datos administrativos que detallan los períodos de empleo y desempleo de todos los trabajadores austríacos cubiertos por la seguridad social. Primero, comparan las características de las personas que fueron despedidas entre marzo y mayo de 2020 con las de aquellas que perdieron el trabajo en el mismo periodo de 2018 o 2019, y sus resultados están en línea con lo que cabría esperar, dadas las medidas de bloqueo de Austria: durante la pandemia, el desempleo aumentó con especial rapidez entre los trabajadores de la industria hotelera y de restauración; asimismo, también provocó un aumento en el número de trabajadores manuales desempleados, probablemente porque estos trabajos no se pueden realizar de forma remota.

Además, parece que las pérdidas de empleo de la COVID-19 han afectado especialmente a los trabajadores más vulnerables. Se vieron más afectados aquellos con salarios más bajos, como los que ganan menos de 25 000 euros al año, al igual que los extranjeros y los de empresas pequeñas y jóvenes. En este sentido, el paro ocasionado por la COVID-19 es muy diferente a las recesio-

nes anteriores. En 2008/2009, tras la crisis financiera, por ejemplo, la pérdida de puestos de trabajo creció más rápido para los trabajadores con altos ingresos en empresas grandes y antiguas bien pagadas. Además, mientras que en aquella el desempleo fue mayor para los hombres, esta vez las mujeres se han visto más afectadas.

¿Cuáles son las pérdidas de ingresos de los trabajadores que perdieron el empleo durante la pandemia? Para calcular esto, Gulyas y Pytka utilizan un algoritmo de aprendizaje automático y estiman las pérdidas en eventos de despidos masivos anteriores en Austria. A partir de características como la edad, el sexo, la antigüedad e información de la empresa, predicen cuánto se espera que pierdan estos trabajadores despedidos durante los próximos once años. Los resultados son aleccionadores: estarán empleados, en promedio, 478 días menos que si no hubieran sido despedidos, y sus pérdidas de ganancias en ese período de tiempo ascienden a aproximadamente 38 000 euros. La larga duración prevista del desempleo sí resulta similar a la de aquellos que perdieron su trabajo durante la recesión anterior. Se sugiere que, en términos de desempleo, la recuperación después de la recesión pandémica podría ser lenta. Por otro lado, en comparación con recesiones anteriores, la cantidad de dinero perdida previsiblemente será menor. Esto se debe a que trabajaban en gran medida en empresas con salarios bajos y, por lo tanto, es relativamente más fácil encontrar un trabajo nuevo que pague tan bien como el que tenían, nuevamente en comparación con las personas que perdieron su trabajo en la recesión del año 2008.

Cabe entender que estas pérdidas de 478 jornadas laborales y 38 000 euros son valores medios. Varían mucho según las características de los trabajadores y sus trabajos anteriores. Si bien algunos pueden tener que encarar períodos de desempleo de 1000 días o más, otros podrían incluso beneficiarse a largo plazo de ser despedidos ahora, ya que tienen una buena posibilidad de encontrar un nuevo trabajo en una empresa que pague mejor sueldo. Gulyas y Pytka sostienen que las medidas políticas deben tener en cuenta esta heterogeneidad. En particular, las medidas de los rescates a empresas y los subsidios al trabajo por tiempo reducido, que deberían apuntar a los trabajadores con altas pérdidas de ingresos esperadas. Si hay dos empresas que tienen que despedir trabajadores, y el Gobierno puede ayudar sólo a una de ellas, debería dedicarse a aquella en la que las pérdidas de ingresos esperadas de los trabajadores sean mayores. Conforme a sus resultados, Gulyas y Pytka sugieren que las medidas políticas deberían estar dirigidas a los trabajadores de empresas bien pagadas, o a aquellos con larga antigüedad en empresas mal pagadas y en regiones con un menor número de buenos trabajos disponibles.

En resumen, ¿qué debemos destacar de este estudio? En primer lugar, algo nada sorprendente: los trabajadores de los sectores más afectados por el cierre de Austria se han visto, a su vez, más afectados. En segundo lugar, los despidos durante la pandemia han afectado especialmente a los más desfavorecidos: aquellos que ganan menos y trabajan en empresas que generalmente pagan peores salarios. Y, como se ha visto, de acuerdo con las características de los despidos y los despidos previos, podemos esperar que estos trabajadores pierdan más de un año de empleo durante los próximos once años. Sin embargo, sus pérdidas de ingresos esperadas son menores que durante las recesiones anteriores.

Finalmente, este estudio también muestra la importancia de poner los datos administrativos a disposición de los investigadores, pues ha podido hacerse el análisis gracias a tener al universo de todos los períodos de desempleo y empleo en Austria. Por lo tanto, poner a disposición de los investigadores datos administrativos de alta calidad conduce a conseguir resultados oportunos y relevantes para las políticas.

CONSTRUIR Y HABITAR

Publicación: *Construir y habitar. Ética para la ciudad*, Richard Sennet, Anagrama, Barcelona, 2019, 464 pp.

Por **José Moisés Martín**

SÍNTESIS

Sennett plantea una reflexión sobre el lugar que le corresponde al Homo Faber en la sociedad. Para ello, abarca la historia del urbanismo como disciplina, atendiendo a sus múltiples enfoques y debates desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, detallando sus prácticas y obteniendo como resultado un ensayo de «ética para la ciudad»; o, en otras palabras, una ética para un urbanismo centrado en los intereses y necesidades de las personas que habitan dichas ciudades.

Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que *Construir y Habitar* es el tercer libro de la trilogía que Richard Sennett dedica al Homo Faber en la modernidad, cuyas dos obras anteriores son *El artesano* (2009) y *Juntos* (2012).

Sennett desarrolla toda su obra partiendo de una diferenciación entre dos conceptos que, también en la obra original en inglés, son siempre presentados en palabras francesas: *Ville* y *Cité*. Para el autor, el urbanismo ha sido y es la disciplina que ha intentado encontrar la vinculación y articulación entre ambos conceptos, siendo la *Ville* la ciudad entendida como forma urbana, con su diseño material de edificios, viarios, espacios comunes y localización espacial y territorial. Por el contrario, la *Cité* se refiere a la dimensión social y convivencial de la ciudad como modelo de vida y de percibir y habitar en lo urbano. De ahí el título de la obra, como dicotomía que debe ser tenida en cuenta en el desarrollo del urbanismo.

El libro está dividido en cuatro grandes bloques. En el primero de ellos, «Las dos ciudades», Sennett repasa el proceso de aparición del urbanismo como disciplina, señalando a los pioneros: Ildefonso Cerdá, el barón Haussmann y Frederick Law Olmsted, a cada uno de los cuales asigna un papel en la consolidación del urbanismo.

Así, Ildefonso Cerdá aparece como el creador de la Barcelona moderna, a través de la generación del ensanche como tejido planificado y generación de igualdad espacial. Para Sennett, Cerdá diseñó un tejido urbano dirigido a mejorar la vida de las personas; esto es, la forma básica que se crea al relacionar los edificios, las calles y los espacios abiertos, que presenta de tres tipos: como una cuadrícula que se despliega en el territorio, como un espacio de interrelación entre patios, generando unidades de carácter celular, y la agregación del conjunto, como plan de expansión de la ciudad desde su casco medieval.

Por su parte, el barón Haussmann presentó la ciudad como un espacio pensado para la movilidad, incidiendo en el concepto de red, a través del sistema de bulevares que unieron las diversas partes de París, facilitando con ello la comunicación entre los barrios y generando un nuevo espacio para las viviendas de las clases medias. La apertura de los bulevares sembró París de cafés y de un nuevo espacio de convivencia, a la vez que favoreció la aparición de nuevas galerías comerciales que permitieron el acceso de los ciudadanos a una nueva modalidad de comercio para las clases medias y altas.

Finalmente, Olmsted planteó el paisaje urbano como un espacio de encuentro, concibiendo los parques como espacios de reunión públicos para personas de diferentes procedencias, más allá de los parques locales, donde se encontraban los vecinos de los barrios. Para Olmsted, los parques urbanos debían ser grandes e inclusivos, de forma que permitieran que gentes de todas las condiciones acudieran a ellos. Su gran contribución es el Central Park de Nueva York.

Partiendo de estas tres iniciativas, centradas en la vinculación entre *Ville* y *Cité*, Sennett pasa al proceso de separación entre ambos conceptos, estableciendo un nuevo marco urbano en el que la construcción y las personas se terminan desconectando. Para ello, relata la trayectoria urbanística de Chicago y su indiferencia por la forma, señalando que ésta vendría determinada por la función, de manera que cada lugar de la ciudad tendría un uso específico, ya sea ésta la vivienda, el comercio, la industria o los espacios culturales. Esta «división del trabajo urbano» conllevó una desconexión entre la ciudad física y la ciudad social, que era interpretada como una «abigarrada variedad de personas y culturas con modos de vida muy diferentes, entre los que apenas hay comunicación», según cita el propio autor, en palabras de Louis Wirth.

Al otro lado del Atlántico, Le Corbusier propone una reordenación de París, rehaciendo el centro y derribando el barrio medieval de Marais para elevar enormes torres en forma de X; elevando las actividades humanas del nivel del suelo y dejando espacio a vías de comunicación masivas. Para Le Corbusier, la ciudad social es un problema que debe evitarse, y para ello se debe enmendar el concepto de bulevar del anterior diseño de la ciudad y propone una ciudad planificada, eficiente y funcional. Estos principios quedaron plasmados en el llamado «Manifiesto de Atenas», tanto por él como por un nutrido grupo de urbanistas. El divorcio entre dos formas de enfrentar el urbanismo –la *Cité* como modelo impulsor ajeno a la forma urbana, frente a la *Ville* como ente planificado y funcional ajeno a la convivialidad caótica de las ciudades– se ahondó, a juicio de Sennett, a lo largo del siglo xx.

De esta manera, Sennett traslada el debate a las diferentes formas de entender la ciudad que detallan otros dos grandes urbanistas del siglo: Jane Jacobs y Lewis Mumford. Para Jacobs, opuesta a los planes de convertir la Quinta Avenida de Nueva York en una gran autopista, el espacio idóneo para el desarrollo de la ciudad eran las pequeñas barriadas, evitando así las grandes planificaciones y actuaciones urbanísticas y defendiendo el espacio cotidiano de encuentro en la calle y en los lugares comunes; se constataría, de esta forma, una visión funcionalista de la ciudad, con poco interés sobre la calidad del medio edificado, en la medida en que apostaba porque serían los propios vecinos los que terminarían por darle forma a la ciudad.

Por su parte, Lewis Mumford ofreció un enfoque opuesto al recuperar la planificación de la construcción de la ciudad como elemento clave para combatir el desigual poder en la construcción de las mismas. Según Mumford, la espontaneidad no sería la manera más adecuada de afrontar los problemas de segregación. Así, apostaba por un diseño planificado de las ciudades que mantenía la industria fuera de las áreas destinadas a la convivencia, el ocio y la educación, apuntando a un concepto de ciudad-jardín. Mientras que, para Jacobs, el proceso de construcción de la ciudad se desarrollaba de abajo a arriba, Mumford marcaba una planificación reglada que trascendiera a la ciudad como «conjunto de comunidades».

De esta manera, el debate entre los dos conceptos de urbanismo representados por Mumford –ciudad abierta como espacio reglado, ordenado y predecible– y Jacobs –ciudad abierta como un sistema abierto que puede generar su propio espacio de orden–certifica, a juicio de Sennett, la divergencia en que el urbanismo entiende el «construir» y el «habitar» de las ciudades.

La segunda parte del libro, que lleva como título «La dificultad de habitar», comienza con una descripción de las condiciones urbanas de Delhi, ciudad dominada por la organización espontánea del espacio, frente a Shanghái, gran ciudad planificada, donde el habitar se enfrenta con numerosos dilemas. Son, por tanto, ciudades dominadas por la *Cité* y la *Ville*, desde donde recorre los intereses históricos del nazismo de Heidegger por eliminar el carácter cosmopolita de las metrópolis como una peligrosa contaminación, al tiempo que recuerda el posicionamiento de Levinas, que señala al otro como «enemigo».

Teniendo en cuenta esta dicotomía, Sennett resume los elementos que dificultan el desarrollo de una ciudad auténticamente democrática y abierta: la huida, el aislacionismo y la homogeneización, recursos de las comunidades cerradas adversas a enfrentarse a las desigualdades sociales insertas en la trama urbana. Sennett plantea entonces las políticas de segregación en función de las clases sociales, analizando la creación de los guetos y del distanciamiento espacial entre las clases que habitan la ciudad. Retoma la intención de Heidegger de simplificar la complejidad urbana, un elemento que sería recurrente en los procesos de urbanismo nacionalista: la construcción de espacios homogéneos que reflejen la realidad de las únicas personas que habitan en los mismos, evitando de esta manera la diversidad, que provoca malestar social.

Desde este punto de vista, la gentrificación es una fórmula de segregación que no se define como la expulsión de un grupo de vecinos para atraer a otro con mayor capacidad adquisitiva o capital social o relacional, sino por la desigualdad inherente a que una parte de la población urbana incrementa su vulnerabilidad, debido a que otra parte es capaz de controlar el mercado de la vivienda en determinados barrios y localizaciones.

Así, Sennett considera que la experiencia de clase social en las ciudades combina tanto los procesos personales de segregación espacial y homogeneidad, marcada por la distancia física entre clases sociales, al tiempo que la convivencia se construye desde las relaciones no espaciales de las redes sociales y la digitalización de la experiencia humana. En sus propias palabras, la *Cité* vive en la muerte de la distancia, aun cuando la *Ville* se está configurando como un espacio cada vez más segregado en función de la posición social.

Llegado a este punto, Sennett se adentra en las posibilidades que nos ofrece la tecnología para diseñar nuevas ciudades, de nuevo con diferentes opciones. Partiendo de la realidad del espacio GooglePlex, sede de Google en Nueva York, Sennett muestra la posibilidad de espacios inteligentes y creativos cerrados al entorno, que desarrollan toda su potencialidad creativa dentro de sus propias fronteras; y contrapone a este modelo el MediaLab del MIT, abierto a las posibilidades de interacción con el territorio. Con estos diferentes usos de la tecnología, Sennett señala que ésta puede usarse para «coordinar» la vida y actuaciones urbanas, como un espacio de interacción plural en la que los ciudadanos sean actores y controladores, o bien usarse para prescribir un uso urbano desde lo tecnológico, donde el ciudadano sea una pieza más de un entramado de gestión de la ciudad. El autor pone como ejemplo de este segundo modelo el proyecto coreano de Songdo, centrado en la planificación desde arriba del proceso de creación de la ciudad, y que ha resultado un sonoro fracaso en la medida en que la ciudadanía no se siente integrada en el modelo como protagonistas de la ciudad, sino como elementos a merced de programadores y expertos en tecnologías que gestionan la vida urbana atendiendo a los datos.

Sennett contrapone a ello el modelo abierto y plural de Smart City, dirigido a coordinar pero no a controlar las actividades urbanas. Lo considera un modelo más eficiente y que respeta más la propia naturaleza de los habitantes de las ciudades, señalando que «se

centra en la gente tal como es, con toda su imperfección kantiana, más que en cómo debería ser». En las ciudades inteligentes abiertas, los ciudadanos mantienen el control, como en el caso de los presupuestos participativos de Portoalegre en Brasil.

La tercera parte del libro, «Abriendo la Ciudad», nos muestra una serie de estudios de caso y ejemplos tendentes a mejorar la articulación entre la *Ville* y la *Cité* a partir de las experiencias de ciudades como Medellín, Washington D. C, Nueva York o Ámsterdam. Estudiando estos casos, Sennet simula un modelo de ciudad poroso, donde las transiciones no generen fronteras artificiales ni guetos basados en la distancia socioeconómica. Y ofrece una visión optimista del futuro de la ciudad como espacio compartido, donde el uso de los medios de transporte conecte e integre barriadas enteras, lo que permitiría la interacción de barrios con diferentes niveles económicos.

Para Sennet, un espacio abierto es una ciudad flexible, heterogénea, que permita diferentes funciones en el mismo espacio urbano. Una ciudad que huya de la homogeneidad y que esté construida de forma «modesta», de manera que se puedan producir cambios en función de su propio desarrollo, donde las personas vivan en espacio densos y se encuentren en parques y otros espacios públicos. Para conseguir estas ciudades abiertas, la ciudadanía debe estar preparada para afrontar la complejidad y los cambios. Las ciudades abiertas son espacios de encuentro, donde las fronteras no son infranqueables, sino que permiten el tránsito de personas, ideas y materiales, incrementando de esta manera la diversidad y la complejidad de la vida urbana.

Para Sennet, la articulación de la vida urbana en ciudades abiertas no requiere de fuertes lazos personales: la indiferencia generada por la diversidad supone un componente básico de la ciudad y de su forma de ser vivida. Por el contrario, siguiendo a Kant y su sociabilidad asocial, Sennet plantea como valor de la ciudad la tolerancia con el diferente, un lugar donde cada persona puede vivir y dejar vivir los proyectos vitales de sus conciudadanos.

Entramos así en la cuarta parte del libro, en la que el sociólogo explica su ética para la ciudad. Y lo hace a partir de los efectos de las catástrofes naturales sobre la misma, con especial interés en el cambio climático, diferenciando entre la mitigación y la adaptación, y configurando la adaptación como imperativo ético. Así, Sennett propone dos espacios temporales en la construcción de la ciudad física. En el primero, el tiempo avanza permanentemente, configurando los edificios y espacios que se agregan al medio. En el segundo, el tiempo se acelera a través de grandes proyectos que rompen con lo establecido o, en otras palabras, el tiempo del megaproyecto transforma la faz de la ciudad como lo hicieron Cerdá y Olmsted. Para Sennet, el tiempo de la acumulación es el tiempo de Jacobs, el tiempo adaptativo que tiene en cuenta el acervo de las ciudades y de cómo han sido construidas por los sus habitantes. El tiempo del megaproyecto, sin embargo, es aquel que se acelera frente al contexto, donde lo nuevo es enemigo de lo viejo.

Este debate entre acumulación y ruptura plantea uno de los nudos gordianos del desarrollo urbano contemporáneo. Los proyectos disruptivos suelen ser acompañados por demostraciones de poder económico o político, como grandes infraestructuras, edificios singulares, etc. El desarrollo por acumulación busca un enfoque de evolución urbana desde abajo, a través de su propia dinámica. Sennet expone los dilemas éticos vinculados a dichos enfoques: los vecinos de barrios segregados o «guetizados» no pueden esperar a que la ciudad evolucione por sí misma, sino que necesitan intervenciones disruptivas que generen una mayor cohesión social. El tamaño de las megaciudades hace obligatoria, casi, la intervención. Las necesidades de transporte y movilidad en estas grandes y desordenadas urbes no se pueden satisfacer con un crecimiento acumulado de los servicios de transporte. En otras palabras, Sennet huye de ofrecer un enfoque que sirva por

igual a todas las circunstancias y momentos, e invita a una reflexión sobre qué es lo que se requiere en cada uno de ellos, ofreciendo ejemplos de proyectos que encontraron un equilibrio adecuado entre ambos enfoques, como el Battery Park City de Nueva York.

El tercer elemento que plantea el autor es la reflexión sobre la reparación de la ciudad: todas las ciudades requieren de reparación y mantenimiento, pero las abiertas son más reparables que las cerradas. Sennet señala tres modelos de reparación urbana: la restauración, el arreglo y la reconfiguración. Para cada uno de ellos hay un diferente grado de apertura: la restauración es el modelo de las ciudades cerradas; la reconfiguración es el de las ciudades abiertas. Sennet reflexiona sobre ello en un contexto de reconstrucción post-catástrofe, anunciando así la necesidad de integrar el cambio climático en la reflexión sobre el futuro de la ciudad.

* * *

Richard Sennett es sociólogo, adscrito a la corriente filosófica del pragmatismo. Es, además, profesor de la London School of Economics y de la Universidad de Nueva York

Reseña de **José Moisés Martín**, director de Red2Red y profesor asociado en la Universidad Camilo José Cela.

